

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

*

PUBLICACION MENSUAL DE LOS SERVICIOS CULTURALES

DE LA

EXCELENTISIMA DIPUTACION PROVINCIAL DE CACERES

*

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PALACIO PROVINCIAL.—TELÉFONO 1584

Precios de suscripción

En ESPAÑA: 25 pesetas al año. EXTRANJERO: 30 pesetas

Número suelto: En ESPAÑA, 3 ptas. EXTRANJERO, 4 ptas.

SUMARIO

Un manuscrito inédito de Juan Leandro Jiménez (1811-1851)	<i>Antonio Manzano Garias.</i>
Mito y exaltación de «La Serena»	<i>Juan Luis Cordero.</i>
Del pasado próximo cacereño: Patronato Canónico de N.ª S.ª de la Montaña (1906)	<i>Miguel Muñoz de San Pedro.</i>
Ideario extremeño	<i>Meléndez Valdés.</i>
Romance del pensamiento limpio	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
Geopolítica de un gran espacio continental	<i>Justo Corchón García.</i>
Romance de la niña que espera	<i>Vicente Nería.</i>
El mar (Cuento)	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Recuerdo	<i>Francisco Pitarque.</i>
Miedosa	<i>Eladía Montesino.</i>
Elogio de Extremadura	<i>Dr. Sorapán de Rieros.</i>
Nocturno en rojo mayor	<i>Manuel Pacheco.</i>
Canta la muerte y la vida	<i>Edmundo Costillo y Marín.</i>
Tres sonetos: El caballero, El amigo y el Poeta. Crítica sin hiel	<i>Eva Cervantes.</i>
Cualquier día de esta semana (Drama en un acto)	<i>Un aprendiz de hablista.</i>
Soledad	<i>Manuel Arce.</i>
Palabras de Goethe	<i>Jesús Delgado Valhondo.</i>
Ventana al campo	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
De arte: Hemos visto y Exposición Corrales Egea	<i>Manuel Monterrey.</i>
Nocturno	<i>F. B. y B. y Francisco de Arévalo.</i>
Mirador: Crónica	<i>Emilio Crespo.</i>
Noticia de Revistas	<i>Curio O'Xitlo.</i>
Bibliografía	<i>C. R.</i>
Varia	<i>P. R. M.</i>
Ilustraciones	<i>J. Murillo.</i>
Láminas	<i>Caricatura de Burgos Capdevielle y fotos de Javier y Herreros.</i>

ALCANTARA

AÑO VI

30 JUNIO 1950

NÚM. 32

Un manuscrito inédito de Juan Leandro Jiménez

(1811-1851)

I

NOTA PRELIMINAR

EN la documentación que, por afortunados azares llegó a mis manos sobre la década lírica que se inicia en Extremadura con Carolina Coronado, figura un manuscrito del poeta lexicólogo Juan Leandro Jiménez, que merece ser conocido y acaso publicado en una biblioteca de autores extremeños. Fué escrito hace justamente un siglo e interesa no solo por su valor intrínseco, sino también por conservar fresca y viva la fisonomía literaria de su autor; el más genuino y destacado representante de los cultivadores extremeños de la poesía y de las letras en la primera mitad de la pasada centuria.

Se trata de una poética o preceptiva literaria escrita expresamente para una poetisa extremeña de aquella década, y si, como texto, resulta más completo y comprensivo que la mayoría de los que entonces pululaban impresos, como documento interesa por los juicios certeros en que abunda sobre los poetas, las modas literarias y el ambiente de la primera mitad del XIX.

A la reseña del manuscrito precederá y seguirá un guión biográfico del autor, que contribuirá a perfilar los rasgos de su vida, rota en plena flor de madurez, cuando no era ya solo rica en promesas, sino que estaba colmada de sazonados frutos.

RASGOS BIOGRÁFICOS

Juan Leandro Jiménez y Jiménez es un caso sorprendente de energía intelectual y de autoformación literaria.

Nace en Cabeza del Buey el año 1811 y es el menor de un matrimonio pro ífico de la clase media labradora; después de adquirir en la escuela una instrucción primaria bastante completa para su época, se dedica a las faenas agrícolas. Adolescente aún, destaca en el pueblo por su facilidad versificadora y por su afán de lectura.

A los 23 años pasa a Córdoba a estudiar humanidades y filosofía, mereciendo la protección del profesorado, que le recomienda a la Dirección General de Instrucción Pública como un valor extraordinario de inteligencia y aplicación. Con asombrosa rapidez se apodera de la lengua del Lacio, se adentra en la Gramática y en la Historia y se familiariza con los clásicos castellanos.

Cuando pasa a Sevilla para cursar el Derecho, su firma es ya prestigiosa en la prensa de la época por sus ensayos de carácter histórico y crítico, entre ellos el de «Los Mayorazgos», y por sus poesías de robusta entonación lírica.

Pasa un curso en la Universidad de Granada, donde asoma ya la exaltación temperamental, que le ocasiona graves disgustos y un duelo.

De Granada a Madrid, donde entabla estrecha amistad con Juan Eugenio Hartzenbusch y Juan Nicasio Gallego, que le abren de par en par los cenáculos y tertulias literarias. Bien pronto una pasión, tan dramática y del mismo tipo que la de Larra, comienza a poner en su vida un fulgor de tragedia que no le abandonará ya.

Admira como en tan pocos años, su espíritu, curtido por las rudas faenas del campo, pudo adquirir el conocimiento profundo del idioma, la tersura y pureza de dicción que acusan sus poesías y su prosa.

Difícilmente se encuentra en la poesía castellana un prodigio de armonía imitativa, de flexibilidad del lenguaje para expresar los giros de fiereza, de ardor y dinamismo dramático, que capta y aprisiona en su soneto «Un duelo a muerte» publicado en «Aurora» en 1846, e incluido por González Blanco en su Antología de las cien mejores poesías castellanas. No resisto a la tentación de transcribirlo aquí en breve inciso:

«En un circo dos bravos campeones
que a pintar su valor voces no alcanzan,
se ven, se encrespan, brincan, se afianzan
de aquí, de allí, más fieros que leones.

Se separan, sacuden los alones,
giran, vuelven, revuelven, se abalanzan,
picotazos mortíferos se lanzan,
clavándose punzantes espolones.

Hiéndense el cráneo, saltan los ojos,
rásganse la pechuga con fiereza,
tiñen la pluma en borbotones rojos.

Inclina al fin el uno la cabeza,
el otro vacilante, cuasi yerto,
sube en él, canta el triunfo, cae muerto.

Desconcierta el clasicismo literario que, en esa y en la mayoría de las composiciones parece llegarle, nítido y puro, del río caudal del siglo de oro y aguafuerte romántico que va minando y consume su vida.

En los comienzos de 1849, aconsejado por sus fieles amigos, abandona Madrid para buscar en la paz familiar y en el remanso de su pueblo natal, el olvido o, por lo menos, el sedante para su corazón atormentado.

Es entonces cuando acomete y da cima a su obra maestra, el «Lexicón de voces y frases que faltan a los diccionarios de la Academia». Son dos tomos que la Real Corporación consideró con méritos suficientes para adquirirlos, remunerando a su autor con el premio, insólito entonces, de veinte mil reales.

Es esta temporada, que él quiso que fuera de olvido, cuando conoce a la poetisa del pueblo vecino al suyo, Campanario, Vicenta García Miranda, que estaba a la sazón en plena luna de miel literaria, cuya firma figuraba en la mayor parte de las revistas literarias de entonces, y que estaba además en la opulencia estival de los 30 años.

O porque llegara a impresionarle o porque viera en ella una esperanza de romper para siempre los fortísimos eslabones de la cadena que le amarrara en Madrid, es lo cierto que por su mente pasó la idea de alianza matrimonial con la poetisa casi paisana, a la que, en una entrevista del 13 de Julio, prometió escribir expresamente para ella un texto original, de Poética o Preceptiva, que le sirviera de orientación y guía en la técnica del verso y en la depuración del gusto literario.

Dos meses después, en cuanto concluyó el «Lexicón», cumplió lo prometido; a esto debemos el curioso manuscrito objeto de este trabajo.

EL MANUSCRITO

Consta de cien páginas, en cuarto y cuatro de índice alfabético de materias: reza así su portada:

«Carta literaria/ o sea/ Disertación filosófica/ en que se anotan los más esenciales principios de la poesía, y se ponen de manifiesto los vicios más capitales que deben huirse en este arte divino/ Obra original/ escrita para instrucción/ de la/ Señorita Doña Vicenta García Miranda/ por D. Juan Leandro Jiménez y Jiménez/ Cabeza del Buey, 26 de Septiembre de 1849».

Las materias están agrupadas en 88 párrafos.

Dentro del número limitado de cuartillas señaladas a estas notas, no será posible dar más que una síntesis de materias o párrafos, transcribiendo siempre, cuando la brevedad lo permita, las palabras mismas del autor. Para mayor claridad pondré guiones de asuntos.

Las líneas preliminares contienen un dato preciso sobre la fecha en que concluyó el «Lexicón» y en que comienza la Preceptiva, así como el plan a seguir: «Ya libre hoy 13 de Septiembre de las largas y penosas tareas de mi Lexicón, voy a dar principio al tratado de poética que le tengo ofrecido... En él voy a seguir una marcha muy diversa de la de todos los reglistas, y no pocas veces chocaremos con ellos. Voy a... enseñarle... el sendero que debe seguir y los esco-

llos que ha de salvar para... dar a los acordes de su lira toda la magia que baste a deleitar el oído más delicado».

SOBRE LAS CUALIDADES DEL POETA.

«Necesarias son al poeta muchas y variadas dotes, unas que deben ser nativas y otras que se adquieren o perfeccionan con el estudio. La primera de todas es el genio... que es la virtud, la fuerza creadora que existe en el individuo, y el ingenio que es la facilidad de haber pronto lo ya creado, de presentarlo con originalidad... en suma el genio crea y el ingenio busca y combina y aún perfecciona».

Aplica a nuestro parnasio antiguo esa nomenclatura, poniendo al frente de los genios poéticos de España a Góngora y después a Quevedo—Herrera sería—dice, el primero de todos si no hubiera imitado tanto a Petrarca.

LA ESCLAVITUD FRANCESA.

Hablando de la instrucción como indispensable al poeta dice refiriéndose a los que llama corresponsales literarios de la García Miranda, que mantenían con aquella copiosa correspondencia: «Quizás esos corresponsales de Ud. y en cuyas cartas según Ud. se haya tanto que aprender y tantísimo que admirar, añadan algunos ceros al número de los Sénecas. Pero, vive Dios, Señora, que... deben de ser por lo menos muy egoístas, toda vez que sus luces y su talento y su saber los tienen guardados para sí, y cuando mucho para Ud... ¿Por qué no sacan a la literatura española de la esclavitud francesa?».

Al hablar de las cualidades del lenguaje: «Nuestra lengua, anota, más rica acaso que la de todo el mundo, ostenta todas sus galas en el siglo XVI. Ya en el XVII empezaron a estragarla los cultos y conceptistas; en los dos siguientes los traductores del francés la han sumido en la miseria: De modo que aquel lenguaje rico y musical de nuestro siglo de oro ha quedado hoy reducido a una miserable gerigonza... pobre y descarnada es hoy la dicción poética, multitud de giros y voces exóticas bastardean su pureza. En Espronceda por ejemplo, hallaremos bill, club, financiero... y otras mil».

«No basta, añade, que las voces sean castizas, es necesario además que no se tuerza su sentido, pues se faltará a la propiedad. En un soneto que encomian los reglistas dice Garcilaso de un perro: «Agora suelta el llanto». El perro no llora, el llanto solo se dice de los racionales. Ud. en una estancia que ya habemos tachado de mala, dice: «embrazan los broqueles y las lanzas». Las lanzas no se embrazan que se empuñan».

NATURALIDAD, DECENCIA, PRECISION Y ENERGIA DEL LENGUAJE.

La naturalidad es otra circunstancia imprescindible del lenguaje: sin ella los más grandiosos pensamientos chocarán por afectados y la cláusula se hará insoportable por sus destellos de pedantismo... cuatro defectos capitales son los que más sobresalen en Ud., y el uno es la falta de naturalidad».

«Han de ser también decentes las palabras con que exprese el poeta sus pensamientos. La decencia en todo el mundo sienta bien y en una señora es de absoluta necesidad... me parece que se traspasan un tanto las leyes del pudor en su «Lucinda Quejosa» y en «Mi ensueño y mi ilusión».

«Cuando ocurran, muchas ideas y palabras hay que saber elegir solo la mejor y no sentir desasirse de las demás, dado que parezcan preciosas y oportunas».

«Será enérgico el lenguaje cuando cause una viva impresión en el que lea, cuando toque el alma y la conmueva profundamente, cuando le hagan sentir, en suma, las mismas afecciones que nos ocuparan en el acto de escribir... Ninguno entre nuestros poetas así antiguos como modernos, es comparable en esta parte como Espronceda. (Ud. se le acerca) ... No siempre empero es Ud. feliz; algunas veces le falta fuerza y energía: sus composiciones a Diego García de Paredes y a Hernán Cortés son frías y flojas ... Dice Ud. a España en la de Cortés que fué ingrata con quien llenó sus arcas de oro y plata. Este es un insulto atroz dirigido a una nación magnánima, que cifra su gloria en su independencia y valor, y no en mezquinos intereses. Si digera Ud. que fué ingrata con quien sometió a su poder vastos imperios, todo español se indignaría contra esa ingratitude».

Aconseja para la energía de la cláusula la oportuna colocación de partículas disyuntivas o copulativas. Las copulativas dice se han de omitir cuando se quiere pasar rápidamente la imaginación por muchos objetos diversos reuniéndolos en uno como a una simple ojeada; pero si se trata de parar la atención en cada uno de ellos deberá multiplicarse la partícula. A lo primero llaman asindeton los «reglistas». Seguidamente trae este rasgo desenfadado de autocritica que resulta sin embargo atinado y justo: «no se me ocurre un ejemplo más acabado de asindeton que mi soneto «Un duelo a Muerte».

Condena como contrarios a la energía los paréntesis: «los muy largos se han de evitar sin remisión y los muy cortos se usarán lo menos posible y solo cuando ocurra una especie precisa y hallada como al paso ... Rioja o el que refundió la bellísima canción «A las Ruinas de Itálica», original de Rodrigo Caro, hecho a perder su última estancia con un infernal peréntesis».

FLUIDEZ Y ARMONÍA DEL LENGUAJE

Bellamente, en una sola, magnífica pincelada escribe sobre la fluidez «ha de ser tan suelto el lenguaje poético que parezca como que se desliza ni más ni menos que si fuera una porción de azogue derramado en la tersa superficie de un cristal. Puede faltarse a esta cualidad: 1.º Por el uso de voces de dura y difícil pronunciación como en estos versos de Ud. ... 2.º Por la concurrencia de muchos monosílabos como en estos otros también de Ud. ... 4.º Por el concurso de voces que tengan sílabas idénticas ... como en este endecasílabo de Herrera: «Frente de Faraón feroz guerrero». 5.º Por la concurrencia de muchas vocales, como en este verso fatal de Herrera:

«Del Nilo a Eúfrates fértil y Istro frío». 6.º Por el uso inmoderado de la sinalefa, la diéresis y la sinéresis... Cuando se cometen muchas sinalefas el verso es duro y falto de fluidez... Lo mismo sucede con el abuso de la diéresis... En cuanto a la sinéresis no hay apenas una que no sea dura y fatal».

«Ha de ser tan acordada y sonora la dicción poética... Que ni una frase, ni una palabra, ni un acento, ni una aspiración siquiera ha de causar disonancia en el oído más delicado, como en estas estancias de Góngora.

Tórtolas enamoradas
son sus rancos atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.

Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño;
música los ruiseñores.

¿Habrá armonía en esta octava de Ud. que empieza así: «esa voz, ese grito que tú en vano — procurarás no oír irá sonando?».

¡Ay!, señora, dista tanto esta estancia de Góngora como el cielo y la tierra, y apenas hay en ellas un ápice que no rompa el oído más obtuso: monotonía, cacofonía, sinéresis, gerundios, monosílabos, intermediación de consonantes, alternativa de consonantes asonantados, todo cuanto puede servir de modelo al gusto más extragado ha reunido Ud. en esa fatal estancia.

Reconociendo que el tacto para elegir las voces más musicales y distribuir los incisos del período de manera que formen la más perfecta armonía, es hijo solo de un oído delicado y de un exquisito gusto, da notables reglas para la educación de ese gusto, condenando especialmente la repetición inútil y fastidiosa de las voces... Este vicio escribe, es atroz en Ud... por donde quiera que leamos sus versos encontramos repeticiones inútiles como en estos de su «Dos de Mayo»... Rechaza también la combinación de consonantes asonantadas como de lo más contrario a la armonía poética, estudiando a este efecto varias estrofas de Fray Luis de León en las que incurre en ese vicio.

«Siempre que haya, prosigue, conveniencia y analogía entre el tono y sonidos de una composición y la naturaleza de su asunto y pensamientos que encierra tendremos armonía imitativa, que es como el alma de la poesía». Como dechado de esta armonía cita a Herrera en su canción a la batalla de Lepanto, a Fray Luis de León en su oda a la Ascensión, a Góngora en algunas de sus letrillas.

FIGURAS DEL LENGUAJE

Ha de ser el lenguaje poético el más escogido y galano. Será escogido cuando en él no haya ni una frase ni una locución rastrera y

de mal gusto. Entre todos nuestros poetas ninguno iguala en esta parte a Herrera... a él se aproxima Rioja y nuestro tierno Espronceda corre pareja con ellos.

En cuanto a la galanura del lenguaje puede provenir o de lo muy selecto y oportuno de las palabras o del sentido traslaticio en que se toman y la diestra coordinación de la frase. En el primer caso, Góngora es el Rey de la galanura poética, sobre todo en sus romances... Esta clase de galanura que acabamos de exponer y demostrar con esos ejemplos de Góngora... es hija de una fantasía rica y lozana que la naturaleza concede a pocos; de consiguiente las reglas para encontrarlas están de más. La otra galanura que proviene del sentido traslaticio en que se toman las voces o del diestro adorno de la frase, constituye lo que se llama figuras. En ello es donde los reglistas hacen alarde del lujo y riqueza de su aparente erudición... Aquí es donde revolean la pluma a su sabor.

Permitánnos sin embargo los señores reglistas que les digamos que todo ese tren y boato no es más que hojarasca y bambolla que solo sirve de abrumar con nombres exóticos la memoria de los principiantes que tienen la desgracia de caer en sus manos. El que tenga talento engalanará su lenguaje con multitud de figuras sin saber siquiera si las comete, y el que le tenga obtuso en vano las sabrá hasta en sus comas, pues nunca quedará ataviada su desaliñada dicción. Acaso no exista figura que no se cometa en esta pobre disertación, pero vive Dios Señora, que si me preguntara Ud. por sus nombres, me metería en estrechísimo apuro, pues no sabría decirle si eran metalepsis, hipalaje, silepsis u otras zarandajas tales. Convencido pues de estas verdades ni aumentará la palabra figura si no hubiera algunas que con su abuso pudieran estragar la dicción poética. De estas «algunas» únicamente haré mención...»

SOBRE LA DESCRIPCIÓN

«Para ser buena ha de parecer hecha con un pincel... Puede ser viciosa o por reseñar cosas vagas y comunes a otros objetos que aquél que se describe, o por atribuirle las que en realidad no les pertenece, o por omitir las que le son propias y esenciales, tal sucede en la tan famosa «Palma» de nuestra ínclita Carolina.

«Alza gallarda tu elevada frente,
hija del suelo ardiente,
y al recio soplo de aquilón mecida,
de mil hojas doradas
de Majestad dornada
descuella ufana sobre el tallo erguida»

Veamos pues. Gallarda es un epíteto que cuadra a los seres animados; lozano o esbelto sienta mejor a los árboles... Frente es una metáfora violenta; cima o copa estaría mejor. Al recio soplo del aquilón es un rípio. Las hojas de la palma no son doradas, son de un verde pálido que más bien parece verdegay... Sobre el tallo, etcé-

tera, los grandes árboles tienen tronco y **no tallo**... Además el decir a la palma que descuello sobre el tallo, es igual que si se dijese al todo que se levanta sobre la parte»...

Vienen ahora airadas alusiones y un **autobombo** magnífico por lo ingenuo: «Si de esa estancia, que es una de las mejores de la oda, juzga Ud. de toda ella, tocará con evidencia lo débil de las bases en que estriba el nombre de esas personas que figuran en la república literaria, se convencerá más y más de que los seudocríticos, sus admiradores son aduladores bajos; y por último no le quedará la más mínima duda que un *genio obscurecido* puede con dos giros de su pluma derribar esos edificios de humo, esos fantasmas de viento».

Tratando del símil o comparación, estampa lo siguiente: «Mi paisanazo (que Dios perdona cuando se muera) D. Manuel José Quintana encomia allá a su modo al que llama restaurador del buen gusto, D. Ignacio Luzán... Pues este restaurador, en su canción a la defensa de Orán, que es la menos mala de todas sus poesías, dice... Donde entre más defectos que palabra aparece el símil ridículo del águila que arrebata una culebra y la devora en el aire. ¿Y esto para qué? ¡Para ilustrar el valor de soldados españoles del siglo XVI en la defensa de una ciudad cercada por los fieros africanos y sita allende los mares de nuestra entonces heroica Patria! ¡Bien por el exquisito gusto del restaurador! ¡Rebién por el talento crítico de su admirador Quintana!»

Al tratar de lo que llama **amplificación**, dice. «Llegamos ya al vicio infernal que desvirtúa hasta los más felices pensamientos de usted... La fecundidad de su fantasía le hace desleír un pensamiento con amplificaciones... aun en la mejor de todas sus composiciones, «Mi ensueño y mi ilusión»... ¿Qué será, pues, señora, si analizásemos las demás? La epístola moral a Fabio apréndala Ud. hasta en las comas, tómela siempre por modelo y tal vez cortaremos la cabeza a esa infernal serpiente de la amplificación. Diga Ud. con el profundo Rioja:

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
pasó el invierno con sus nieves cano.

Y tendrá Ud. descrito casi todo el año en solo tres endecasílabos.
Añada Ud. con el mismo:

La codicia en las manos de la suerte
se arroja al mar, la ira a las espadas
y la ambición se ríe de la muerte.

«Y con solas tres pinceladas tendrá descritas tres de las principales pasiones».

En cuanto al **hipérbaton** apunta que «nuestra lengua es acaso de todas las modernas la que más se presta a esa flexibilidad... Góngora abusó tanto del hipérbaton, que muchas de sus poesías las convirtió en el más tenebroso caos. Sirva de ejemplo el principio de sus *Soleidades*...

ANTONIO MANZANO GARIAS.

MITO Y EXALTACION DE "LA SERENA"

¡Ay, la Serena,
la Serenita
del Guadiana...
¡qué hermosa era!

Dicen que andaba
por el remanso
de Tamborrio,
en donde el Zújar
se reconcentra,
junto a los setos
de zarzamoras
y entre los sauces
y las adelfas.

Fué mucho antes
de que nacieran
las ya olvidadas
tatarabuelas
de las zagalas
que ahora mocean.

¡Ay, la Serena!

Cuerpo de diosa,
cara de luna,
tez de alabastro,
bucles de seda.

Cuando surgía
dicen que todo
se transformaba
con su presencia.

Lo que miraban

sus ojos verdes
se iluminaba
con los fulgores
de una luz nueva.

Lo que tocaban
sus blancas manos
resplandecía
con el embrujo
de la belleza.

Y cuando ingravida
surcaba el río,
al retratarla
las aguas trémulas
era una hipnótica
visión antigua,
gentil y mórbida,
de las radiantes
islas de Grecia.

¡Ay, la Serena!

Su voz fluía
como el murmullo
del agua mansa
que en la ribera
rima inefable
con la sonata
del pajarillo
y los rumores
que en la arboleda
finge la brisa
que se perfuma